

por

PIO BAROJA

(Artículo escrito en Francia y publicado en "Diario de Navarra", de Pamplona, de 1 de septiembre de 1936).

"Yo no sé si en este momento en que en España no se oye más que el estampido de los cañones y el crepitar de los fusiles y ametralladoras, vale la pena de que un escritor dé una explicación de sus ideas, que veo que se comentan por ahí sin exactitud.

Yo no soy un escritor sistemático. Mi pensamiento ha sido siempre el intentar ver en lo que es.

Meses antes del advenimiento de la República, a mí me asombraba el que la mayoría de escritores y profesores de Madrid, Ortega y Gasset, Unamuno, Azorín, Marañón, etc., no vieran que detrás de la República tenía que venir un intento de revolución social y de comunismo, en parte dirigido por los judíos de Moscú.

A mí me parecía un hecho casi matemático. Yo muchas veces dije a los amigos:

-Si la República burguesa viene, o tendrá que ametrallar a la gente de la calle o tendrá que pactar con ella.

A todos los que decía esto me tachaban de pesimista y reaccionario.

Tanto lo creía así, que el día en que se marchó el rey estuve en la Redacción de "Ahora" con un amigo para saber noticias, y los redactores me dijeron:

-Baroja, estamos de enhorabuena. Ya tenemos la República.

Yo no creía que estábamos de enhorabuena, y se lo dije al director:

-Yo pienso lo contrario de ustedes -le indiqué-. Supongo que la República va a ser un desastre, pero como no me parece bien, dimito, porque no puedo engañar. Voy a dejar de escribir en el periódico.

Así lo hice durante algún tiempo.

Al comienzo, Marcelino Domingo, este maestro de escuela pedante, aseguró que iban a imitar a Thiers y a constituir una República conservadora, como Francia después de la guerra del 70. Ni ellos mismos saben lo que han hecho después. Han ido solamente arrastrados por las aguas del río, sin saber a dónde.

Primero, había que hacer Cortes Constituyentes. Todos los políticos deseaban que llegara el momento de brillar, de mostrar su arte de histriones. La gran batalla oratoria terminó con una Constitución ridícula, la número 13 de España. De esa Constitución no se pudo llevar a la práctica absolutamente nada.

La cuestión era lucirse, charlar con luz y taquígrafos, según la medicina de don Antonio Maura.

El parlamentarismo no ha demostrado más, sino que es un buen medio para los arribistas, para los ambiciosos que van a hacer su carrera.

Con la gran batalla política y parlamentaria vino lo que se llamó el enchufe, y vimos a ministros, a subsecretarios y a diputados echándose las de conquistadores, en automóviles charolados, con cuplé: tistas y camareras, en restaurantes y cabarets, en una cuchipanda continua.

Estos petronios de escalera de servicio no veían el interés del país, sino su éxito, y para obtener el éxito ante el público, cualquier cosa puede venir bien. En España se dice, cuando en las corridas hay muertos y heridos, que hay hule. En un ambiente de sensacionalismo así, es imposible que se haga nada en serio. Se dicen las cosas más absurdas. Así, un concejal socialista de Madrid ha asegurado que la prehistoria es una ciencia reaccionaria. Lo mismo ha podido decir que la geometría es comunista.

Toda esta algarada parlamentaria la ha jaleado la Prensa, porque, para ella, las reseñas de los escándalos del Congreso son un ingreso que ocasiona poco gasto.

Después del primer bienio, tuvimos el segundo, tan malo como el primero. Fue la lucha entre el león y la serpiente. El león Lerroux y la serpiente Azaña. ¿Qué león! El león era un viejo tonto, vacuo, con unos cuantos lugares comunes en el cerebro. La serpiente, un atencista pedantesco, que manejaba unos cuantos tópicos manidos de literatura francesa.

El león acabó como un presidente de un casino de jugadores de ventaja, en un asunto de tahúres, con un reloj que le regaló un judío holandés y una promesa de unas pesetas que no se las dieron.

La serpiente hizo su nido en el Palacio Real y pensó cambiar las decoraciones, para él poco lujosas y ser algo así como el Rey Sol de la república. ¿Pobre gente! Y todo ha estado a la misma altura. El pueblo se ha sentido mixtificado, tomando como reales unas bambalinas de cartón.

Las oficinas de la Reforma Agraria tenían 300 ó 400 empleados con sueldo, y para todos ellos, para recorrer España y estudiarla en el terreno, un automóvil "Ford". Marcelino Domingo no iba nunca a las sesiones de la Reforma Agraria, a la que tenía tanto cariño en público. Quizá tenía que escribir sus magníficos dramas en el Ministerio.

Toda esta decoración falsa, toda esta mentira, que, si no la ha engendrado la República, le ha dado una vida, hace que la gente, creyéndola una gran cosa, se lance a matar y a morir.

El talento de Azaña, el sentido jurídico de Sánchez Román y la democracia del adiposo y judaico Ossorio Gallardo, que era gobernador de Barcelona cuando se fusilaba obreros, y la austeridad de Largo Caballero, consejero de Estado de Real Orden, cuando la Dictadura, el republicanismo de Alcalá Zamora, que fue monárquico, y el de Maura, que también fue monárquico, y el comunismo de Valle Inclán, que fue carlista; toda esta serie de bolas, recalentadas por una Prensa de gente mediocre, forma como un absceso y tiene valor para mucha gente del pueblo, que cree que defiende con eso la civilización y el porvenir de España.

Este tumor o este absceso, formado por mentiras, es de desechar que lo saje cuanto antes la espada de un militar."